



— **Un enano en el jardín (1981)**  
Claudio Caldini

La experiencia de una beca

# Aprendizajes

¿Se puede registrar el ritmo de una investigación literaria? Alrededor de esa pregunta se despliega la reflexión de Iair Kon sobre las posibilidades ciertas de un documentalismo que dé cuenta de los tiempos, las modulaciones, las vacilaciones propias de ese trabajo ínfimo, paciente y silencioso que implica ese otro “rito de pasaje” que implica el llevar a libro una obra poética de Susana Thénon hallada en estado de manuscrito.

## APUNTES PARA DEMOLERSE Y SER UNA VARIACIÓN DE LO MISMO

### I

Entre el 4 de febrero y el 4 de marzo de 2022 participé de la residencia Demolición/Construcción en Casa/Estudio B átz ' (Cabana, Unquillo, provincia de Córdoba), espacio a cargo de la investigadora y artista visual Graciela De Oliveira. Si bien la posibilidad de estar allí surgió a partir de la escritura de un conjunto de ensayos (y la planificación de otros tantos) sobre poesía argentina y teoría que integraron mi tesis de Maestría en Escritura Creativa (UNTREF), finalmente decidí —o quizá necesité— encarar otro proyecto de escritura durante mi estadía: por un lado, la corrección final de un libro de poemas sobre paternidad que venía trabajando desde hacía años; por otro (y fundamentalmente), la lectura, transcripción, reescritura y el análisis biográfico de una serie de poemas que mi papá, Luis María Lamanna Guiñazú, escribió y pasó en limpio en algún momento de su juventud. Poemas que me fueron legados por mi mamá durante mi adolescencia, cuando la poesía empezaba a asomarse como una forma de decir(me) fundamental. Se trata de una carpeta raída rectangular con unas quince hojas amarillas, escritas de ambas caras, en múltiples direcciones con una letra apenas legible, que había guardado durante más de veinte años sin poder abordarla. Si bien muchas veces había intentado al menos leer esos poemas, la incomodidad o el tedio habían sido tan grandes, tan inevitables, que había decidido dejar el proyecto para otro momento: para ese futuro lleno de claridad y tiempo que no existe. Esa imposibilidad se extendió hasta una mañana

de febrero de 2022 a más de mil kilómetros de mi familia. Entonces, simplemente abrí la carpeta y, mientras una luz amarilla entraba por la ventana y apenas se escuchaba el movimiento de alguna hoja o de mi pie temblando, comencé a transcribir a mi letra los poemas, casi sin leerlos. Como una máquina vieja recauchutada, cada cuarenta minutos necesité parar, caminar, calentar agua, hacer cualquier cosa, distraerme con el celular, pero ya adentro de un lenguaje nuevo, puesto en movimiento. Desde ese día entré en diálogo con un ritmo ya desconocido —olvidado— o un mito personal; superpuse nuestras voces. Para poder encararlo necesité un tiempo al margen del tiempo; retirarme. Un proyecto incómodo para un tiempo espacio desconocido, angustiante y revitalizador.

## II

Hace años que me cuesta mucho escribir. El nacimiento de mis hijos, el caos laboral/económico de los últimos tiempos, la imposibilidad de contar con tiempo libre en horarios lúcidos, el encierro de la pandemia quizá sean algunas de las causas, de los desvíos o desmotivaciones. A eso se le suma que en estos años le dediqué mucho tiempo a la música, mi lado B más rudimentario y más libre: estudio, ensayos, grabaciones, composiciones. Quizá esto sea una excusa y siempre haya sido así. Sin embargo, en 2018 empecé a leer diarios íntimos de escritores y a llevar uno propio —algo que jamás había hecho, más allá de siempre contar con cuadernos que podrían cumplir esa función— como un modo de reconstruir una voz íntima, una letra, una voz que naciera sin espectadores, como modo de resistencia al mandato de época que pide mostrarse todo el tiempo para dar prueba de existencia. Fui preparando la letra.

Hubo épocas en las que escribí todos los días y encaucé incluso algunos ejercicios técnicos como la escritura de sonetos. A veces sólo me dejé señales para el futuro, recordatorios. Desde 2018 escribo un diario a mano hasta sentir dolor, una escritura secreta que no necesita cuidar o defender ninguna imagen, una escritura a salvo de la forma en tanto restricción o regulación. Trazo con la paz de que no estoy escribiendo literatura —ni poemas ni ensayos— y eso me repliega, me distiende, aunque sea como una treta para no enloquecer. Escribo lejos de la responsabilidad de escribir bien. Escribo también sin confesar nada, como una gotera absurda que llena baldes con lo que no se quiere olvidar. Goteo adentro de mi casa o de mi cuerpo.

### III

Justamente, cuando tengo que entregar un texto y la necesidad o el impulso de escribir no terminan de definirse, abro las páginas del diario como un ritual de pasaje. Busco mi voz fantasmal cuando estoy mudo. Ahora estoy en el 18 de febrero de 2022, la mitad exacta de la residencia en Cabana Unquillo. Experimento otra vez ese silencio demoledor — la (des)esperanza del atardecer, la fiesta que ya no será—, vuelvo a ese ritmo propio hasta entonces desconocido, lejos de mis dos hijos pequeños, en el medio del tránsito de soltarlos para volverme hijo otra vez, de abrir las páginas más insoportables de mi vida, con horas y horas de tiempo para dilapidar, luchando contra el desgano que da depender sólo de la motivación y el deseo propio. 18 de febrero y el garabato de un poema:

vuelve el poema de la hamaca

en la plaza vacía una madre  
hamaca a su hija como a un símbolo  
“levantá las piernas” le dice a través de la noche  
cada farol proyecta una versión de la sombra  
“doblá las piernas, estirá”. diez  
piernas estiradas en la plaza vacía  
decir diez es decir miles. en el cielo,  
no hay nadie. decir miles es decir tres  
¿ven a una sombra quieta del otro lado?  
¿de quién es este recuerdo?

Se trata de la última versión de un poema que intento escribir hace años. Una idea que creo ver con nitidez y aun así no puedo transmutar a una forma que me convenza. Admito que nunca vuelvo a versiones anteriores del poema para mejorarlo. Una y otra vez busco definirlo en un solo trazo, confío en el ritmo que se abre y se cierra. En el corazón fuerte que debe nacer en cada acto de escritura. Debería ser más simple: se trata de la historia de una imagen o escena: vuelvo a casa de noche, después de un día de trabajo y, cuando estoy bordeando la plaza Beltrán para llegar a mi casa, veo que dos sombras, madre e hija, juegan en la zona de las hamacas. La madre intenta enseñarle a hamacarse a su hija y yo me freno para escribir en el bloc de notas del celular la primera versión de un poema que ya no sé dónde está porque fracasó (cómo será fracasar en un poema) en su misión de captar la experiencia. Pienso que se trata de una imagen hermosa, de una especie de símbolo que tengo que atravesar porque sin dudas me capturó: va en línea con unos poemas sobre padres e hijos que en ese momento

estoy escribiendo. Podría glosarlo infinitas veces: una madre le enseña a su hija a volar y a mí esa escena me retrotrae a un recuerdo que no tengo. Pero el poema es una pregunta o quizá más de una: ¿este día, este instante, tan importante va a quedar en la memoria de ellas dos cómo sé que va a quedar en la mía? De repente soy un ladrón de recuerdos. La poesía es robar la memoria de cuajo, pienso mientras escribo y la premisa me gusta. Suena bien y podría ser el título de una entrevista a un poeta contemporáneo, pero el poema sigue sin aparecer.

#### IV

Los primeros dos días de la residencia me concentro en la corrección del libro de poemas. Futuro en la raíz se va a llamar, pero todavía no lo sé. Corrijo de un modo lujoso: grabo todos los poemas y luego los escucho para corregirlos desde el ritmo. Tener tiempo me llena de ideas para perderlo. Después de enviar el libro a la editorial, camino dos horas de ida y dos de vuelta por una calle de tierra para ver un arroyo microscópico bordeado por basura. Invertir al revés. Cambiar de ritmo y dejar el pragmatismo de lado. Invertir para construir el detalle. Vivir para que el poema aparezca. Mientras camino pienso que no necesito tiempo para escribir, necesito tiempo para llegar más distendido, con la cabeza vaciada, a la hoja en blanco. Finalmente, el poema de la hamaca queda afuera del libro. Necesito más versiones o que otro tome una decisión. Necesito darle un corte. Cuando termino mis poemas sobre ser padre puedo volver a ser hijo. Es una premisa que suele presentarse al revés. Demolición/Construcción. Entonces camino en una noche cerrada por este pueblo de tierra y silencio; en los

jardines florecen perros y caballos. Me desarmo, pienso en el amor que está a mil kilómetros y espero a que amanezca. Mañana tengo una vida a solas con una carpeta amarillenta. Lo voy a hacer por todos nosotros.

Damián Lamanna Guiñazú

## Este, mi siglo

Feliz quien tiene encendida la lámpara que le dieron.  
Manuel Mujica Láinez

Este es un diario que escribo a solas. La mujer que soy quizás haya sido soñada por alguien en otro tiempo. O lo será. Aquí donde estoy nunca hubo otra que mi voz.

Mi primer signo de escritura fue la desaparición de la letra. Con mi hermano en brazos quemé mi primer diario. Uno no siente desposesión de aquello que habita en la carne. La primera vez que aprendí a escribir mi nombre fue sobre cenizas.

He dolido cada día este paso hacia mí. Mi vida se resiste a perecer. No ceder es parte de esa fuerza.

Camino. Mi paso es rápido y abierto. Allí voy extraviada en mi propio silencio como una mujer que empuja hacia adelante su pequeño mundo. Esta vez corro hacia el laberinto en medio de la noche. Llevo hojas en las manos. Poemas en las hojas. El libro que me ha traído aquí. Por un instante sostengo el siglo en mi mano. Llevo lo eterno en la piedra como su metáfora última.

La poesía soñó en mí su desaparición. ¿Habría soñado también en Paul Eluard al escribir algún día el hombre mostrará lo que el poeta ha visto. Fin de lo imaginario?

No me defiendo. Me desnudo. Cultivo el exilio, la soledad. No la soledad de estar físicamente sin los otros sino la soledad de no ser comprendida por nadie. Victoria y yo nunca nos

conocimos. Puedo decirlo: Soy una excepción a la regla por una sencilla razón: no conozco a ninguna muchacha de mi edad que se me parezca. Tal vez sea peor que las otras, pero soy una excepción.

Tropiezo siempre con las mismas cosas. Cocinar. Caminar. Coser. Estar entre sábanas blancas. Andar entre las flores y el campo abierto con un bolso en las manos. Contemplar el perdido cielo. He aquí mis ilegítimos actos de escritura.

El pasado me ha hecho poesía. He heredado el futuro escribe Rose Auslander. No tenemos destino otro que la errancia.

A veces una palabra me despierta. Abro los ojos. Ya no está por ninguna parte. Me ha dejado aquí como un testigo sin memoria, encadenada al silencio. Es la única historia que se repite dentro de mí.

No he podido nunca deshacerme de la sensación de estar en peligro. De esta urgencia con la que escribo. Vivo como si alguien me quitara la vida. Ahora. Ahora mismo. Afronto el riesgo de ser en primera persona. Escribo quitándome la corona de muerte.

La casa es como un espejo. Una vez más no cumplo la imagen de la mujer escribiendo con su escritorio en la ventana. Me llevo de un sitio a otro. Busco una tarea que me haga caminar. Desde que llegué a esta casa escucho detrás de cada puerta siempre la misma pregunta: ¿Quién es esa mujer? ¿Qué ha venido a hacer aquí? A escribir llamo esta obsesión por atravesar las puertas.

Empujada por la desolación es que escribo. Resignada por esta vida, intransferible, es que cumplo mi don.

Tomo el cuchillo de refilar. Abro libros que nunca fueron abiertos. Algunos están en francés. Otros en español.

Leo todos los libros que hay de Victoria en la casa. Cada tanto me detengo. Cierro el libro para llorar. Sería imposible que alguien pueda decodificar este acto de leer y llorar con Victoria en las manos.

Cada mujer nace con una sola palabra. Un único obstáculo para saltar a lo largo de su vida. Cosido todo su cuerpo con la forma de esa palabra. Virginia Woolf creyó que para escribir se necesitaba un cuarto propio. No ser interrumpida. Sin embargo, después de años de escritura un día escribió: no puedo luchar más y se quitó la vida.

Creo que los obstáculos hacen la voz. No la detienen. Y que toda voz tiene su destino. Algo parecido creyó Ortega quizás, al escribir, lo que en otros tiempos se llamaba un estilo no era sino la forma que la presión del universo adopta en el arte.

Lucho con mis tormentos. Es el trabajo más difícil y más invisible de escribir. Alguien tiene que decirlo.

Hay guerra con lo ajeno cuando uno es el poema. Pido justicia entre oficio y vocación.

Trabajo para hacerme visible. Es el principio de toda excavación.

No hay y no habrá máscara para mí —dice la sombrilla desde el estío.

Pasadas las dos primeras semanas sueño que debo mudarme al cuarto de Susana Bombal. Resulta que es un cuarto lleno de espejos y que linda, a su vez, con el corazón de la casa. Por aquellos días mando el libro al último concurso que tengo anotado. Vendrán otros sueños que aún no fueron escritos.

Ojeo una revista vieja, Saber vivir. Encuentro un artículo de Romualdo Brughetti. Retengo estas palabras: En la tragedia vive la autenticidad de la persona. En este artículo breve encuentro citados a mis grandes autores, Mallea y Bloy. ¿Por qué toda esta gente está muerta? me pregunto, ¿por qué esas voces se leen todavía en mí?

León Bloy dijo un siglo atrás: Tiene usted dinero y yo no. En consecuencia, no podemos hablar de política, ni de filosofía, ni de arte, ni de historia, ni de religión, ni de nada.

Vienen a mí las almas que me han amado alguna vez de manera fulminante. Y ahora, que no poseo más que los vestigios de ese amor y apenas, si de vez en cuando, palpo una perla blanca entre mis prendas, me digo, no habrá sido en vano el collar que alguna vez adornó mi garganta.

Pasto a la orilla del camino como un animal. Masco del mismo pastizal. Sólo el desgaste de mis dientes dejará rastro de mi alimento. Me da igual a quién parecer León enjaulado, delante de quién y de qué medio humano ser Expulsada

inevitablemente. Antes de todo siglo, Yo vine. Tsvetaeva.

La estampita de Juana de Arco marca mis páginas. La luz viene en el nombre de la voz, pronunció. El sello del nombre no viene del orden de los vocablos. El futuro será voz.

Para hablar sin metáfora y en primera persona como conviene a un cristiano que está absolutamente solo. La poesía no es un género, es la más alta vida. ¿Cuándo me será dado abrir un libro que esté entre los vivos y sentirme en completa afinidad espiritual? El desamparo de los muertos en este siglo privado de fe es un arcano de dolor que abrumba la razón.

Sola en la casa. Nadie viene a mí por la que fui. Nadie me llama por la que seré. Hablamos a lo que florece. Nos escucha lo que se deshoja. Así hablaba Edmond Jabès que murió días antes de que cumpliera mi primer año.

Como si un libro se hubiera alzado para socorrerme y yo yendo hacia él hubiese caído antes con las manos de la ofrenda. La imagen de aquel libro me ha nutrido a lo largo de los años. Soy una analfabeta que camina sin saber. Leo como si todas las palabras pertenecieran al mismo libro. Uno sin materia.

Todo saber te enceguece. Es la introducción del elemento ajeno, no afín, incluso adverso. Todo saber te hace avanzar por caminos que son falsos para tu persona. Fragmento de H. Murena en Monólogo de la negación.

Estoy en la sala de vidrio. La casa está a oscuras. Coronadas de silencio han sido todas las horas de mi infancia. Escribo con la

luz de haber nacido. Con mis ojos clavados en las tinieblas de mi siglo. A los cinco años yo era sin edad. En todas partes era poeta. No en todas partes fui niña, mujer, hija.

El poema desborda, reclama siempre el instante de su identidad. ¿Acaso alguien cree que Rimbaud deja de ser poeta al dejar de escribir?

Carolina toca el piano. Una melodía sin partitura. Una música que señala su lugar. Su carencia de un lugar. No parecida a ninguna otra.

Hay en mi escritorio una carpeta que dice: Vie littéraire y otra Correspondencia. En esas cartas residen mis mayores alegrías. Leer y escribir. Ese lazo exige un espíritu. Sin él no hay verdaderos libros. Toda época recobraría su espíritu si escribiera sus cartas. Tanto más me dolería una carta quemada que un libro nunca abierto. Ya no habría quién desentierre las voces de este mundo y los libros serían sólo, palabras. Si aún escribo es porque todavía me llegan cartas. Porque aún no hay Silencio Universal.

Un grito de auxilio. No lo escuchas. No estás conmigo donde te supongo, estás en la literatura. Carta de Paul Celan.

Escribo desesperadamente. Día a día sobrevivo a la negrura de la letra. Recibo una carta de Jorge que me dice, no puedo vivir en la ausencia del cielo. En estos días sólo una palabra suya es capaz de penetrar la negrura. Los libros, a veces, no pueden. No pueden con nada. Hay demasiada literatura y pocos libros que nos afectan como un desastre. Christian Bobin lo dice muy bien en una de sus entrevistas: Una de las enfermedades de nuestra época es la profesionalización. Duras lo decía

también, a su modo, libros encantadores, sin peso alguno, sin noche. Sin silencio. Sin auténtico autor. Libros de un día, de entretenimiento, de viaje. Pero no libros que se incrusten en el pensamiento y que hablen del duelo de toda vida, el lugar común de todo pensamiento. No sé qué es un libro. Pero cuando hay uno, se sabe.

Soy de esos peligrosos árboles que crecen a la sombra del mundo. Engendro de ojos que nunca me vieron pasar. A buscar mi reflejo vendrán otras del más allá.

Jamás deberíamos perder la libertad de llorar en cualquier parte y en cualquier siglo. Hay que recuperar nuestra fuerza de ser vulnerables. Lo que no se ha endurecido nunca, triunfará dice uno de los personajes de Tarkovsky.

*Ce que l'homme ici-bas appelle le génie, c'est le besoin d'aimer, hors de là tout est vain.*

Lo que el hombre llama aquí abajo talento es la necesidad de amar. Fuera de esto, todo es inútil. Musset.

Fragmento de uno de los libros de Victoria. ¿Para quién? ¿A quién? A mí misma. Un poeta dijo: *J'écris simplement. Ce que je revais. Si l'on est banal quand on est sincère. Les vers sont meilleurs quand ils sont mauvais.* Escribo simplemente. Si somos banales cuando somos sinceros, los versos son mejores cuando son malos.

El alma de ayer con el corazón latiendo de hoy. Recuerdo los versos de Ingeborg Bachmann, en una época de habladoría/hay que pasar rápido de una luz a otra. De un país a otro,

bajo el arcoíris/ la punta del compás en el corazón/ La noche tomada como rayo.

Carta de Ortega y Gasset. O resbalar por el Hoy o disponerte a llegar tú plenamente con el mañana. La vida “actual” está ahí. Ya hecha. Por eso cualquiera puede verla, usarla, gozarla, saber quién y qué es. La otra se está haciendo, su realidad es su hacerse y sólo se la ve haciéndola, es decir, adoptándola como destino.

## Siglo XXI

La vida me llama  
te quedaste atrás oveja negra  
pintándote de negro entre las negras  
¿dónde está tu rebaño?

Me arrodillo sin buscar  
pecado ni castigo.  
Estoy aquí  
por el placer de confesar.

La vida me llama  
te quedaste atrás oveja negra  
pintándote de negro entre las blancas  
y se hizo la noche.

Pongo una mejilla  
luego la otra.  
Acaricio  
mi piel enardecida.

Ariana Daniele